

UN NUEVO ITURBIDE

OBRA MINUCIOSA Y BIEN DOCUMENTADA,* movida de curiosidad por los más diversos aspectos de la vida, escrita en estilo legible.

La estrecha familiaridad del autor con los documentos del bando realista llega a matizar su adjetivación, que en ocasiones es severa para con los primeros insurgentes. Es interesante la vinculación que el autor establece entre la actividad de Iturbide como hacendado y su posición dentro del ejército realista; concede así prominencia a las relaciones familiares y de clase social para explicar los comienzos de la actuación militar del caudillo criollo. El despierto interés económico y de mando, la represión fría y rigurosa de la insurgencia, una religiosidad externa que no detiene los excesos en la defensa del orden establecido, sino que, más bien, los ampara, son los rasgos que se desprenden de la primera conducta de esta figura. El autor sigue también con detenimiento la simiente de la independencia que más tarde maduraría en el espíritu de Iturbide, mediante la unión de los soldados del rey y de la insurgencia, pero sin hacer concesiones a la indisciplina de los primeros rebeldes, ni al sistema político y social revolucionario a que ellos aspiraban. De esta manera se descubren en el espíritu práctico y poco elaborado del jefe criollo, pero no carente de intenciones políticas definidas, los problemas que se irían desarrollando a lo largo del siglo XIX en la antigua posesión septentrional del imperio español.

El momento próspero y eficaz en la vida pública de Iturbide, bien tratado en la obra que comentamos, está comprendido en los siete meses que van desde la proclamación del Plan de Iguala hasta la consumación de la independencia. El caudillo desfila en la ciudad de México a la cabeza del Ejército de las Tres Garantías el 27 de septiembre de 1821, día en que cumple los treinta y ocho años de edad. Esta época queda situada entre la primera de la represión realista y la última

* Robertson, William Spence. *Iturbide of Mexico*. Durham, North Carolina, Duke University Press, 1952, x-361 pp., ils.

del fracaso del primer imperio, ambas propicias para oscurecer la figura histórica de Iturbide. Pero cuando se contempla, como lo hace Robertson, la tarea difícil que hubo de vencer el caudillo de Iguala, la actividad que despliega, el tino y el buen éxito de sus movimientos, se obtiene una imagen más favorable. Ello explica que biógrafos como Cuevas hayan querido reivindicar el título de Libertador de México para Iturbide. El examen histórico muestra que el dominio español no cayó por sí solo, y que la empresa de ponerle fin consistió en un amplio y próspero pronunciamiento, guiado por una finalidad de independencia, en palabras de Iturbide, "el día que México celebrará eternamente". Mas ha sido la proclamación en 1810 y no la consumación de la independencia en 1821, la conmemoración que la historia nacional ha preferido sentimentalmente, por hallarse más a tono con el curso político y social de la época republicana y liberal posterior.

Hay en la carrera de Iturbide como gobernante muestras de atención al panorama internacional de México, Centroamérica, Antillas, y del resto del mundo; y atisbos de preferencia por un régimen monárquico limitado que aspira a mediar entre el despotismo y la anarquía. No carece de interés la comparación con los programas políticos de otros caudillos de la independencia americana. Robertson apunta los contactos que mantuvo Iturbide con Bolívar y San Martín.

La influencia de la guarnición española de San Juan de Ulúa en la caída del imperio de Iturbide es puesta de relieve mediante documentación original. El pronunciamiento contra el emperador es narrado minuciosamente y muestra en acción el que escritores de la época llamarían "el sistema militar" de poder, que sucede al orden político monárquico de la época colonial. Desde el golpe de Yermo en 1808 hasta el de Casa-Mata en 1823, puede verse la sustitución de un régimen por otro que tendría vigencia al correr del siglo XIX con etapas cortas de excepción.

Poco han estudiado los historiadores mexicanos la posición de Iturbide en Europa, donde se ve amenazado por el celo legitimista de la Santa Alianza y odiado tenazmente por Fernando VII, todo lo cual lo acerca a Inglaterra. Su idea de proteger a México contra el peligro de una expedición de reconquista europea se alía a su propio deseo de retornar al país

nativo y al poder, movimiento que lo conduce al cadalso en tierra mexicana.

El autor estudia la suerte de la familia después de la muerte de Iturbide y explica las vicisitudes por las que atraviesa la memoria histórica del caudillo; razona que si Iturbide hubiera gobernado autoritariamente bajo una forma republicana, se hubiera acercado más al ejemplo dado por otros mandatarios de Hispanoamérica. Y aun cabe especular que acaso México perdió en fortuna histórica al no haber sido Iturbide sino Santa Anna la figura preponderante en la primera mitad del siglo XIX.

No hay en este libro una reflexión histórica brillante o de amplio alcance interpretativo. El movimiento histórico se percibe en la narración misma, guiada por un propósito objetivo. Sin embargo, la obra de Robertson ilumina la etapa de transición del régimen colonial al independiente, y por hacerlo con libertad de juicio, precisión analítica y fundamento en fuentes originales conservadas en apartados lugares del mundo, es de gran interés para quienes contemplan uno de los momentos capitales de la historia hispanoamericana.

Silvio ZAVALA

EL AUTOR DE ESTE NOTABLE *Iturbide of Mexico* es profesor, jubilado, de historia en la Universidad de Illinois, y fecundo escritor de artículos y libros con tema hispanoamericano. Sobresalen entre sus libros: *Francisco de Miranda, France and Latin American Independence, Rise of the Spanish American Republics, History of the Latin American Nations, Hispanic American Relations with the United States*. Ellos le hicieron viajar mucho por los Estados Unidos, México, Sudamérica y Europa, y tropezar con enorme material inédito relativo a don Agustín de Iturbide. Su *Iturbide of Mexico* es, pues, obra madura, fruto de muchos años de trabajo.

En cuanto al material acopiado —inédito y publicado— es ésta, sin duda, la mejor obra sobre Iturbide. El material estaba muy disperso: en *México* (Archivo General de la Nación, Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores, Archivo

Histórico de Hacienda, Archivo de la Secretaría de la Defensa Nacional (Cancelados), Archivo del Instituto Nacional de Antropología e Historia, manuscritos de la Biblioteca Nacional, manuscritos del señor G. H. G. Conway, manuscritos del señor licenciado Leopoldo Martínez Cosío, Archivo Parroquial de la Catedral de Morelia, manuscritos del señor Carlos A. Lira, San Luis Potosí); en *Estados Unidos* (Departamento de Estado, Biblioteca del Congreso, Universidad Católica, manuscritos del señor E. T. Parks, manuscritos de Mrs. Louise de Yturbide, manuscritos del Museo de Historia de San Jacinto, Tex., manuscritos de la Universidad de Tulane, New Orleans, archivos de la Universidad de Texas, manuscritos de la Universidad de Yale); en *España* (Archivo General de Indias, en Sevilla, Archivo General de Simancas, Archivo Histórico Nacional de Madrid); en *Francia* (archivos del Ministerio de Negocios Extranjeros); en *Inglaterra* (Foreign Office, Public Record Office); en *Austria* (Haus-, Hof, und Staats-Archiv, Viena); en *Argentina* (Archivo de San Martín, Museo Mitre, Buenos Aires); en *Roma* (archivos del Vaticano y de la Embajada de España).

Los historiadores estadounidenses, aprovechando los enormes recursos culturales y económicos de su nación y los personales, han hecho muchas obras de *investigación histórica exhaustiva*, irrealizables en otros países. Célebres son, por ello, las de Hubert Howe Bancroft (1832-1918), *History of the Pacific States from Central America to Alaska* en 40 vols. (1882-1891); *Our Catholic Heritage in Texas* (originalmente proyectada como parte de un volumen y desarrollada —como lo exigía el material reunido— en seis: 1936-1950), del mexicano doctor Carlos E. Castañeda (n. 1896); el *Rim of Christendom. A Biography of Eusebio Francisco Kino* (1936), del doctor Herbert E. Bolton (n. 1870); *The Life of Stephen F. Austin* (1925), del doctor Eugene C. Barker, etc.

Lo inmenso del material acumulado tiene, por su misma gran cantidad, un inconveniente que no todos los historiadores pueden superar, y es que les hace descuidar otras importantes funciones historiográficas, cual son *la crítica*, para establecer la proveniencia de las fuentes y discutir el valor de los testimonios, y *la síntesis*, que, reuniendo lo de veras valioso, desecha lo inútil. Bancroft, que, vencido por el enorme material, se

hallaba en peores condiciones, hubo de contentarse con dirigir lo que le escribía un cuerpo de auxiliares, limitándose a revisar lo que éstos hacían.

En *crítica y síntesis históricas* sobre Iturbide, consideramos insuperada aún la obra de don Francisco Banegas Galván, *Historia de México*, libro II (Morelia, 1923). Teniendo por lema la bella fórmula clásica *ne quid falsi dicere audeat, ne quid veri non audeat, ne qua suspicio gratiae sit in scribendo, ne qua simultatis*, Banegas Galván estudia minuciosa, escrupulosamente todos los datos, sometiéndolos a severa crítica integral. Labor tan acuciosa fué causa, en parte, de que no acabara su obra, de la que no salió, en vida del autor, más que el libro II, acerca de Iturbide regente y emperador. En otro campo —*la interpretación histórica*— sobresalen un historiador moderno, Bulnes, y uno contemporáneo de los hechos, Zavala: Bulnes, escritor atrevido, mordaz y paradójico en su expresión, con *La Guerra de Independencia. Hidalgo e Iturbide* (México, 1910); Zavala, honrado a carta cabal como escritor, con su *Ensayo histórico de las revoluciones de México desde 1808 hasta 1830* (París, 1831, y Nueva York, 1832). En todo ello —crítica, síntesis, interpretación— es también notable el *Iturbide of Mexico*, de Robertson, que, por lo mismo, merece un examen más amplio y detenido.

La ortografía en nombres propios de personas y lugares es correcta, salvo en pocos casos: v. gr. Arreguí por Arregui (pp. 3, 5, 350); Basalenque por Basalenque (pp. 5, 350); Lizanza por Lizana (pp. 10, 12, 15, 355); Zacapú por Zacapu (pp. 22, 361); Purándiro por Puruándiro (p. 30); Gallegos por La Gallega (Arrecife, pp. 221, 353); Casa de Mata por Casa Mata (p. 230).

Al tomar los datos, el autor se confundió algunas veces. En la página 5 dice que Iturbide fué bautizado en la Catedral de San Agustín de la ciudad de Valladolid, Michoacán, y que el cuerpo incorrupto de Fray Diego de Basalenque, agustino, se guarda en la Catedral. De dos iglesias —la Catedral y San Agustín— hizo una el doctor Robertson: en el Sagrario de la Catedral fué bautizado Iturbide, pero la Catedral no tiene por titular a San Agustín, sino al Salvador del mundo; y el cuerpo incorrupto de Basalenque no está en la Catedral

sino en la iglesia de San Agustín, en bello nicho —últimamente reformado— con ingeniosa inscripción latina:

*Ille Basalenque hic jacet,
Qui variis linguis locutus,
Scriptis loquitur mutus
Et loquens est, quamvis hic tacet.*

(Basalenque aquí se halla:
Varón que habló varias lenguas,
Que, mudo, habla en sus escritos
Y está hablando, aunque aquí calla.)

No parece haber entendido el autor las semejanzas y diferencias que había entre el Colegio de San Nicolás y el Seminario en la ciudad de Valladolid de Michoacán (p. 6). Ambos colegios eran, de suyo, para formar sacerdotes, y tenían por lo mismo iguales cursos: latín, filosofía, teología, cánones; pero el Colegio de San Nicolás dependía del Rey y del cabildo de la Catedral, y fué un precursor de los seminarios tridentinos (mandados fundar en cada diócesis por el Concilio de Trento), mientras que el Seminario dependía del obispo y era un seminario tridentino. La educación allí impartida era, según el doctor Robertson, *unsystematic*. Tal apreciación, que él extiende a toda la América colonial española, y que considera como lo menos que puede decirse sobre la educación en estos países, no parece exacta. La educación era sistemática, aunque de acuerdo con las ideas de la época. En el mismo párrafo llama el señor Robertson frailes a los catedráticos del Seminario de Valladolid. No lo eran, como tampoco lo eran el P. Izquierdo y algunos otros sacerdotes seculares mencionados por él como frailes.

La Profesa, "antiguo templo jesuítico de San Felipe Neri", en frase del autor (p. 67), llevó aquel nombre y el de San José el Real cuando perteneció a los jesuítas. Desterrados éstos en 1767, La Profesa fué clausurada. En 1768 los padres felipenses u oratorianos, cuya iglesia en la calle de San Felipe Neri (hoy del Salvador) fué arruinada por un terremoto, pidieron prestada al gobierno La Profesa. Tres años después (1771) la compraron en 70,000 pesos. Desde entonces, La Profesa se llamó también Oratorio de San Felipe Neri.

Líneas adelante (p. 67) dice el doctor Robertson que la

conspiración de La Profesa se fraguó “en el oratorio de ese templo”. Lo que hubo de conspiración en La Profesa tuvo lugar en el cuarto o habitación del doctor Monteagudo, como dice Banegas Galván (I, 449). Es absurdo que los conspiradores se juntaran para conspirar en la iglesia, teniendo otros lugares más adecuados.

La revista pasada a las tropas por el virrey en 1807 debió hacerla, no —como se dice en la p. 107— Lizana, que fué virrey de 1809 a 1810, sino Iturrigaray, virrey de 1803 a 1808.

Tolsa —como se le ha dicho en México— o Tolsá —como debería ser— no era mexicano, como se asienta en la p. 203, sino español de Enguera, Valencia, donde nació el 4 de mayo de 1757. De él hay linda biografía reciente, intitulada *El arquitecto y escultor valenciano Manuel Tolsá (1757-1816)*, cuyos autores son Francisco Almela y Vives y Antonio Igual Úbeda. Pónele un estudio preliminar Felipe M^a Garín Ortiz de Taranco (Valencia, 1950).

Mala copia documental usó el doctor Robertson al incluir (p. 230) entre los firmantes del Plan de Casa Mata a don Anastasio Bustamante. Éste, siempre adicto a Iturbide, era “mariscal de campo” o general de división desde el 12 de octubre de 1821, con mayor antigüedad que el jefe de las tropas sitiadoras de Veracruz (que defecionaron con el Plan de Casa Mata) Antonio Echávarri (31 oct. 1822), y no podía firmar entre los oficiales. La mala copia documental (de Navarro Rodrigo: *Agustín de Iturbide*, pp. 424-426) se saltó dos apellidos y dos nombres, y en vez de “Anastasio Torrejón.—Por el número 2, Pedro Ibarra.—Francisco Bustamante”, leyó y puso “Anastasio Bustamante”.

Bustamante, para los soldados, que aún se emocionaban con el recuerdo del libertador Iturbide, era intocable. En las tristemente célebres “jornadas de julio” de 1840, Bustamante, que era el presidente de la República, fué hecho prisionero en el Palacio Nacional, y “uno de los oficiales conjurados, llamado Felipe Briones, mandó hacer fuego sobre él; pero otro, apellidado Marrón, contuvo a la tropa diciendo: ‘no tiren, que es el segundo del señor Iturbide’” (Zamacois, XII, 197).

Pocos son estos *lapsus* (10 y tal vez algunos más) en rela-

ción con los mil y un aciertos del ilustre historiador estadounidense en esta materia.

En lo correspondiente a crítica histórica, da él demasiada importancia a hombres como Rocafuerte, Carlos M. de Bustamante, Beruete, el anónimo autor de las "Noticias circunstanciadas de la muerte de Iturbide para los que no la creen", incluyendo sus asertos, ligeros, infundados o calumniosos. Mucho de ello era mera propaganda política, mendaz e inadecuada para reconstruir los hechos historiados, según reconocieron Alamán y Zavala, honrados historiadores de la época. Zavala, refiriéndose a Iturbide, dice: "Esta arma terrible de la calumnia ha sido de muy frecuente uso en los nuevos Estados contra las personas que han figurado en ellos" (I, 160, ed. de 1918).

No estamos de acuerdo con el autor en algunos puntos tocantes a interpretación de documentos y hechos, y a síntesis histórica. Tales son, por ejemplo, la cuestión de quién fué el autor del Plan de Iguala, la disolución del Congreso Constituyente y la rebelión de Santa Anna. Sobre la primera de estas cuestiones, reúne el autor documentación copiosa —completa, diríamos—; pero llega a la conclusión (p. 70) de que Iturbide es autor del Plan de Iguala en la medida en que Washington lo fué del *Farewell Adress*, que compuso "eficazmente ayudado por Alexander Hamilton y James Madison". Iturbide afirma: "Formé mi plan, conocido por el de Iguala: mío, porque, solo, lo concebí, lo extendí, lo publiqué y lo ejecuté." Y su afirmación se halla confirmada por su correspondencia con militares y eclesiásticos, que el autor utiliza en las pp. 57 a 67. Los adversarios de Iturbide quisieron restarle a éste gloria introduciendo muchos coautores del glorioso Plan. Naturalmente que el medio, sobrecargado de tendencias a la independencia nacional, ejerció influjo sobre Iturbide en el plano psíquico —consciente o subconsciente— en que se forjan las grandes ideas; y aun hubo quien, como Espinosa de los Monteros —según Malo (Robertson, p. 68)—, le hizo "correcciones" al Plan. El de La Profesa —frecuentemente confundido con el de Iguala— era algo muy diferente, y además fracasó. Intentaba, substancialmente, impedir el restablecimiento de la Constitución gaditana, lo que no pudo lograr el virrey, quien se vió forzado a promulgarla de nuevo el 31 de mayo de 1820. El Plan de La Profesa era, pues, de tendencias absolutistas,

mientras que el de Iguala trató de implantar una monarquía constitucional.

Deficiente hallamos la exposición de los hechos, así respecto de la disolución del Congreso Constituyente por el emperador Iturbide como respecto de la rebelión de Santa Anna. En ambos casos el autor no oye lo bastante a "la otra parte", es decir, a Iturbide. Muchos y variados esfuerzos —bien reseñados por Banegas (II, 117 ss.) y poco tomados en cuenta por el doctor Robertson (pp. 202 ss.)— hizo Iturbide buscando la colaboración del Constituyente en la organización del naciente Estado; pero todos ellos fueron vanos, y él, en su inexperiencia política, recurrió al fin a la disolución del Congreso, desastrosa providencia en lo político, aunque no arbitraria ni absolutista, pues Iturbide reunió en seguida una Junta Instituyente, compuesta por diputados del disuelto Congreso, y la Junta redactó sin tardanza una convocatoria para elegir otro Congreso.

La conducta de Santa Anna en Veracruz (oct. 1822: Robertson, pp. 221 ss., Banegas, II, 213 ss.) fué alarmantemente sospechosa —intrigas contra Echávarri, comandante de Puebla y Veracruz, al que Santa Anna (según parece) quería hacer morir y suplantar—, e Iturbide consideró necesario removerlo. El mero hecho de su remoción, y no la forma de ésta, irritó tanto a Santa Anna, que lo lanzó a rebelarse contra Iturbide y el primer Imperio.

Sobre Iturbide regente y emperador es excelente el análisis penetrante de Bulnes, quien saca esta conclusión: "Iturbide nunca fué un tirano: fué en nuestra patria el primero de los oprimidos" (*La Guerra de Independencia*, p. 392).

Bella y exactamente epiloga el señor Robertson su estudio sobre Iturbide con estas palabras (pp. 310-311):

Clío no ha concedido a Iturbide el lugar que merece. Este descuido se ha debido en parte a que hasta ahora no se ha hecho ningún serio esfuerzo por reunir, editar y publicar sus muy dispersos documentos... Otra razón es el prejuicio intenso que ha prevalecido contra él en su propia patria. Su crueldad como oficial realista ha ensombrecido demasiado sus servicios al proclamar el Plan de Iguala. Su acierto en negociar el Tratado de Córdoba ha sido empequeñecido por algunos escritores en atención a sus errores como emperador. El supuesto servilismo suyo para con la Iglesia de Roma ha hecho sospechosos los motivos de su conducta ante los anticlericales. Y aunque los historiadores sudamericanos han elogiado los triunfos militares del abnegado San Martín y los de la parte

septentrional del Continente han alabado a Bolívar como guerrero, como estadista y como pensador político, sin embargo, algunos escritores mexicanos no han sido capaces, en lo absoluto, de apreciar a Iturbide [*have utterly failed to appreciate Iturbide*]. Otros se han puesto apasionadamente como implacables críticos o imparciales campeones de su Libertador.

Muy apreciable es el limpio esfuerzo del historiador estadounidense.

José BRAVO UGARTE